

ABRAHAM SANGHEZ ERGE, EDITOR.

---

**EL CERRO  
DE LAS CAMPANAS**

(MEMORIAS DE UN GUERRILLERO.)

NOVELA HISTÓRICA MEXICANA

—POR—

**JUAN A. MATEOS.**

—  
TOMO II.  
—

TEPIC.

—  
IMPRESA DE LOS TALLERES DE LA PENITENCIARÍA.

—  
1907.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



## El Cerro de las Campanas.

I.

El grupo de amigos se dirigió al salón de refresco, y se apoderó por derecho de conquista de unas botellas y un plato de jelatina.

En uno de los ángulos del salón había un oficial francés que hablaba empeñosamente con una señorita extremadamente hermosa.

—Yo no podré olvidarte, decía la dama; tu amor es el aliento de mi alma: qué importa la distancia cuando mi corazón queda contigo.

—Cuatro meses de amores no pueden haber echado raíz en tu pecho, Demuriez.

—Un minuto era suficiente, Clara mía. Yo he vivido hasta ahora en el torrente de la guerra; mi pensamiento sólo había abrigado imágenes de gloria; tú sabes que esa idea absorbe todo, sin dejar nada para el mundo real. He afrontado cien veces la muerte sin pensar en ella, más que por el sentimiento de no llevar al cabo mis ilusiones. La gloria, Clara mía, me ha tenido en una absorción completa; pero te ví, y entonces he comprendido que hay algo más que ambicionar en el mundo, y es el amor de una mujer, de un ángel á quien consagrar los latidos del corazón, las pulsaciones de la existencia.

—Yo creo en tu amor, Demuriez, pero le temo al olvido: día á día se van perdiendo las flores de la ilusión, marchitándose las esperanzas, hasta apartar de nuestra alma esa imagen que ha formado el mundo de nuestro cariño y de nuestros recuerdos.

—No, Clara, yo no podré olvidarte jamás; tú te has posesionado de mi alma, como el aliento de la vida: hay amores que son inmortales.

—¿Me escribirás continuamente, no es verdad?

—Sí, alma mía; me parecerá que hablo contigo, que estoy á tu lado, que siento el calor de tu aliento y el fuego de tus miradas.

—Yo pensaré en tu cariño, Demuriez; yo no había amado hasta ahora; mi corazón ha delirado por la amistad; tú sabes que tengo una amiga; ¡pobre Luz! es el único ser que yo amo tiernamente.

—Yo estoy celoso de esa criatura; me arrebató algo de tu amor.

—No, ella es un ángel; ¡ay Demuriez! es muy desgraciada; ama á un hombre de quien está separada.

—Sí, al coronel Eduardo; si ese valiente quisiera pertenecer á nuestras filas, su porvenir estaba labrado.

—¡Dios mío! si te oyese Luz, creería que tus palabras envolvían una profanación. Ella le amaba por valiente, porque él sólo con la muerte se apartará de su bandera.

—Si yo lo encontrase por casualidad en el campo de batalla, con cuánto placer estrecharía su mano.

—Demuriez, así te quiero; tú sabes hacer justicia al valor, quizá porque eres valiente también.

—Oyeme, Clara; si la Francia algún día se hallara invadida por el extranjero, yo moriría antes que adorar de mi bandera; yo estimo á esos hombres que se han impuesto al sacrificio de la patria.

—Bien, Demuriez, tú eres un hombre de corazón.

—Yo amo á mi patria, amo á la libertad, y veo con horror esta conquista: sé que México ama á la Francia, que la imita, que participa de sus glorias, y que hoy venimos nosotros á convertir en rencores estas simpatías.

—Sí, es verdad.

—Somos injustos con este pueblo noble, á quien por otra parte no podremos esclavizar, por que tiene los elementos de la libertad y de la abnegación.....Oyeme, Clara, tú debes saberlo todo; comprendo que hasta tú misma has sentido repugnancia hacia mí; que te sientes aún en estos momentos avergonzada de que te vemos á mi lado.

Clara inclinó la cabeza.

—¿Sí, Clara, no es la vergüenza por mi personalidad; es porque lleva al cinto la espada del invasor, no es cierto?.....

—Yo no sé mentir, respondió trémula la joven.

—Tendrás que seguirme á Francia cuando la expedición haya llegado á su término; porque la República triunfará, no lo dudes, y serías el escarnio de tus paisanos.

—¡Demuriez, por compasión! dijo la joven.

—Yo he estado en la Algeria, en Italia, en Sebastopol, allí resistía el ejército; aquí lucha el pueblo, y nosotros podemos vencerle. ¿Qué importan las ciudades, cuando en cada cabaña, en cada aldea, en cada casa tenemos un enemigo que

nos acecha, que asesina á nuestros soldados, que diezma nuestras filas, sin que nosotros podamos evitar el mal. Sí, Clara, ese sitio de Puebla ha estado lleno de episodios gloriosos que forman la tradición gloriosa de los soldados y del pueblo, historia que alienta á la revolución.....¿cuál será mi porvenir?

—La idea de la separación arroja en tu alma imágenes siniestras, Demuriez. Yo tengo fé en Dios, el que ve la pureza de tu amor; velará por tu existencia para que podamos unirnos para siempre, ¿no es verdad?

—¡Unirnos para siempre! murmuró Demuriez.

—Sí, porque yo tengo más esperanza que vivir siempre á tu lado, tu me has enseñado á amar y yo no podría vivir sin tí.....pero tú no me escuchas.

—El dolor anuda mi garganta, y mi lengua se resiste á pronunciar palabras que te desgarrarían el corazón, Clara mía.

—Júrame, dijo la joven, que me amarás hasta la muerte.

—¡Hasta la muerte exclamó Demuriez, llevando audazmente la mano á la empuñadura de su espada.

## II

—El coronel Laffons pasaba junto al comandante, en los momentos en que tomando del brazo á Clara, se dirigía al salón de la tertulia.

—Señor Demuriez, tengo el honor de saludaros.

—Señor coronel, me apresuro á estrecharos la mano, mientras tengo el honor de daros un abrazo.

—Os traigo cartas de vuestra familia y especial recomendación de visitaros.

El comandante Demuriez se puso lívido como un cadáver, y un temblor circuló por todo su cuerpo.

—Sí, sí, mi coronel, hablaremos mañana tendré el honor de veros en vuestro alojamiento.

—Bien, caballero; recibid entretanto los recuerdos de toda vuestra familia que no os olvida un solo instante.

—Gracias, coronel, respondió el comandante, y se apresuró á huir de aquel hombre cuyas palabras le habían hecho estremecer.

—¿Te ha emocionado el recuerdo de tu familia? dijo Clara.

—Sí; ¡mi pobre madre! ella cree que nunca vuelvo de mis campañas, y siempre se desengaña dulcemente cuando llego sano y salvo á sus brazos: pobrecilla.



## III

—Lo dicho, señores, gritaba el diplomático tomando una copa de Rhin, yo tengo apostado por la aceptación del archiduque Maximiliano: S. A. I. no podrá rehusar el trono que espontáneamente le ofrece la nación mexicana.

—Yo hiciera otro tanto, respondió un viejo escuálido y raquítico, que entre paréntesis, era el esposo de Doña Efigenia, ¿quien desprecia una corona? y se componía los cuellos y la corbata blanca que lo hacían aparecer como un gallo de papel.

—¡Friolera! respondió el diplomático, sueldos magníficos, honores, coche á la puerta, soldados, condecoraciones, buen cocinero, ministros, magníficos vinos, chambelanes y pescado fresco; porque se lo haremos traer al emperador con sus súbditos á Moctezuma II.

—El archiduque vá á llevar una verdadera sorpresa: en Europa nos tienen por hombres de plumas y flechas.

—Eso es inexacto, señor de Cantolla, muy inexacto; es cierto que en el cuadro que existe en las Tullerías en que está la gloriosa toma de Veracruz por el príncipe Joinville, nos han pintado como á los antiguos mexicanos, pero toda es obra del pintor.

—Los artistas, señor de Fajardo, todo lo echan á perder. Tomemos esta copa por la aceptación de S. A. R. el archiduque Maximiliano.

## IV.

Pasemos á un círculo más elevado de la diplomacia, para ponernos al tanto de la situación.

El general Almonte y monseñor Labastida, rodeados de un grupo de personas de valer en la monarquía hablaban de la *aceptación*, que era la cuestión puesta á la orden del día.

—Desde octubre de 61 datan, decía Almonte, las primeras insinuaciones á la corte de Viena, con motivo de la candidatura del archiduque Maximiliano. S. M. Francisco José contestó que agradecía la preferencia, pero que en este negocio se abstenía de hacer insinuación alguna á su augusto hermano que era el único árbitro para tomar una resolución definitiva cuando llegase el momento.

—De todas maneras dijo el arzobispo regente, como importaba saber hasta que punto la corte de Viena se prestaría á

realizar los votos de la nación mexicana, S. M. Apostólica envió inmediatamente después de las primeras indicaciones confidenciales de la corte de las Tullerías, al conde de Rechberg al castillo de Miramar: Tenía en cargo el ministro de negocios extranjeros de exponer al príncipe los altos destinos á que la voluntad del pueblo mexicano y las simpatías nacionales de S. M. Napoleón III, se reservaban llamarlo, para el caso en que tuviera un éxito feliz la expedición francesa.

—Sí, agregó Almonte, el conde estaba autorizado para declarar á S. A. que el emperador Francisco José, como jefe de la familia imperial, le dejaba plena libertad para tomar el partido que mejor le conviniese.

El archiduque, prosiguió el arzobispo, se manifestó muy conmovido de que en el momento mismo de haber fabricado la residencia en Miramar para permanecer extraño á la política, S. M. el emperador de los franceses lo hubiera designado á la elección del pueblo mexicano, para llenar una misión tan grande y elevada, la regeneración del antiguo imperio de Moctezuma.

—En el mismo año y por aquellos mismos días, monseñor Labastida estuvo en el palacio de Miramar.

—Es cierto dijo el regente, le merecí á S. A. se dignara escucharme, he excitado al noble príncipe en nombre de la religión y de todo el episcopado mexicano, á que aceptase la santa y sagrada misión para que lo hubiera predestinado en sus impenetrables designios la Providencia Divina.

—El archiduque, repuso Almonte, ha contraído desde entonces un compromiso tácito y moral respecto del episcopado mexicano y de las notabilidades del país, antes de hacer proclamar su elección, pues se tenía empeño en contar con la certidumbre de su aceptación. Cuando tuvo lugar la toma de Puebla, el archiducopue dirigió sus felicitaciones á S. M. Napoleón III por medio de una carta autógrafa, cuyo contenido fué puesto últimamente Fontainebleau, en manos de S. M., por el príncipe de Metternich, preludivando la aceptación definitiva del archiduque en su tiempo y lugar.

—La carta, agregó monseñor, presentada á Napoleón por un embajador de S. M. Francisco José, de una manera oficial, explicaba el consentimiento anticipado del jefe augusto de la familia de Hapsburgo.

—Este acontecimiento importante, dijo Almonte, añade un nuevo brillo á la casa de Austria, y promete un grande y fecundo pervenir á nuestra nación. Tengo un autógrafo de la archiduquesa Carlota dirigido á mi esposa, en el que le asegura que de obtener un feliz resultado en el arreglo de las cuestiones de Polonia y México, vendrá con mucha satisfacción á servir de madre á los mexicanos.

## V

Mientras que los altos funcionarios de la regencia trataban las cuestiones de la alta política, el círculo de dandies, capitaneado por Enrique, ese joven petimetre que hemos conocido burlando á la sociedad entera, formaban lo que vulgarmente llamamos "el mosquete," es decir, la parte de juventud estruendosa y calavera, que toma por su cuenta levantar el espíritu de las tertulias.

--Señores, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones Enrique, es necesario leer públicamente la proclama de Galicia Chimalpopoca dirigida á sus compatriotas; tiene bellezas de oratoria que pueden arder en un candil, voy á mandar una resma de proclamas á los tarancahuases y á los seminales.

--¡Que se lea! que se lea! gritaron algunas voces.

--No es fácil, continuó el calavera, hay una pequeña dificultad, y es que el ciudadano chimalpopoca la ha escrito en *otomí* y yo no conozco esa jerga, es necesario llamar al primer carbonero que pase, para tener el gusto de oír los discursos aztecas.

--¡Señores, brindemos por la recopilación de Indias.

--No, por la recopilación de mexicanas es mejor.

--¡Brindemos! ¡brindemos! y seguía el estruendo como la tempestad.

--Propongo un brindis, señores, gritó ya atarantado por el vino el joven dandy.

--¡Silencio!..... ¡silencio!.....

--¡Brindo, pues, por el ave fénix que lleva la señora Fajardo en la cabeza!

Una salva de aplausos se dejó oír en todo el salón, pues el tocado de la señora había llamado notablemente la atención de la concurrencia.

El señor de Fajardo, al entrar en la sala, sólo escuchó su apellido, y creyendo en su amor propio que se ocupaban de una manera favorable de su persona, tomó una copa y dijo: ¡señores!

Todo el mundo calló, creyendo que iba á lanzar una diatriba á Enrique ó un estrañamiento á la concurrencia que se burlaba de una manera tan horrible de la ridícula Doña Canuta.

--¡Señores! dijo erguido el diplomático, creyendo que el silencio provenía de su fama en la oratoria: agradezco el talento de ese joven su recuerdo por mi insignificante persona, y le doy públicamente las gracias por el brindis que acaba de hacer en mi favor.

La hilaridad más escandalosa se apoderó de toda aquella gente, y los aplausos tuvieron todos los honores de una *cenecerrada*.

--Siempre tengo igual éxito en mis discursos, amigo Cantolla, hasta me causa pena esa ruidosa aprobación; espero y con razón, ser útil á mi patria con este talento que debo casualmente á la Providencia.

Cantolla estaba envidioso del diplomático, y quiso ensayar á su vez un brindis: paróse sobre una silla y con voz cascada pretendió llamar la atención pública.

--Ahí hay algo que quiero hablar, exclamó Enrique, son unos cuellos que llevan dentro á uno que parece ser el señor Cantolla.

--Dos oradores seguidos es mucha broma: ¡abajo Cantolla! ¡abajo Cantolla!

La señora Doña Efigenia que veía casualmente á su esposo presa de un ridículo espantoso, tuvo á bien desmayarse en brazos del diplomático, que se derrumbó en una silla haciéndola mil pedazos, pues la mole de la Cantolla se desplomaba como la torre de San Francisco.

--¡Mi mujer! exclamó el infeliz marido, y bájandose de la silla se apresuró á llevar un vaso de vino á su esposa que se retorcía en el suelo, mientras el señor Fajardo se quejaba amargamente, fracturado de una costilla.

--Canuta no pesa tanto, decía entre dientes, y yo que pensaba quebrantar.....no, esa mujer es un imposible, en la romana de un carnicero pesará de hoy en adelante más que en mi ánimo.

--Señores, exclamó Enrique, algo pasa en el salón, hay un silencio repentino, véamos que sucede.

## VI.

Efectivamente, á la bulla del baile y á los ecos de la música, había sucedido un profundo silencio.

El general Almonte recibía en aquel momento la correspondencia del Paquete, y seguramente algo traía de importancia, donde el general se permitía ojear en público una carta, que el rumor público decía ser del archiduque Maximiliano.

Adelantóse solemnemente el jefe del triunvirato y con voz sonora y con entusiasmo oficial dijo:

--¡Señores! ¡el archiduque de Austria, S. A. I. y R. Maximiliano de Hapsburgo, acepta el trono de México!

—¡Viva el emperador! fué el eco que salió de todos los pechos intervencionistas.

La orquesta tocó la marcha nacional, y el más vivo entusiasmo enardeció los corazones.

La conversación se hizo general, las opiniones se sucedieron, las disputas volvieron á entablarse al saber las condiciones puestas por el archiduque.

—Ya, decía Doña Canuta, ya le tenemos entre nosotros coronado, ya el imperio es cosa resuelta, es necesario una junta de señoras que reciba á S. M. la emperatriz, no porque yo quiera ser dama de honor, sino por la urbanidad, las reglas de buena educación, además que no todas saben de estas ceremonias. ¡Dios mío! ¡cuando presente á mi Luz en la corte, qué caravanas que me harán los chambelanes, yo estoy loca, Efigenia!

—Yo me he repuesto de mi desmayo, amiga mía, el gozo me ha dado la salud, Cantolla estará loco.

—Fajardo no podrá contenerse, va á hacer esta noche mil locuras.

—Como que ya se trata de un gallo.

## VII

—Ya tienen *amo* todos estos señores, dijo Enrique, no pueden disimular su alegría, dentro de tres semanas bailaremos el *minuet* y el *zorrico*, como en la corte de Revillagigedo; ¡qué monstruosidad!

Los regentes se habían retirado y la concurrencia de buen tono.

Quedaba allí esa clase que forma en las últimas filas de la media, entregada á sus costumbres de mal gusto.

—¡Cotillón! ¡cotillón! gritaban entusiastas varios empleados.

Ese baile de mal tono en una reunión distinguida, decidió sobre aquella concurrencia, que volvía la tertulia una reunión de mucha *confianza*.

—Esto es abominable, exclamó Enrique, ya ni en los bailes de último orden se permiten estas pantomimas del *cotillón*. Esta gente no sabe lo que se pesca, se han olvidado que bailan en los palacios de la Regencia.

—S. A. I. y R. tendrá que contentarse con esta gente en sus fiestas imperiales.

—No importa, las Tullerías en una de sarao parecen un cuerpo de guardia.

—Los cuarteles dan su contingente para formar la aristocracia del segundo imperio.

—¡Las cinco de la mañana! estas señoras bailan como unos comerciantes en domingo, esto es democratizar las tertulias de la Regencia.

—¡Voto al infierno!

—¿Qué sucede?

—Qué ha de ser, que á los gritos de viva el emperador, me han cambiado mi sobretodo flamante por un monasterio más viejo que el *cotillón*.

## CAPITULO CUARTO.

## EL ALMA EN PENA.

## I.

Nueve años hacía que un miserable anciano arrastraba la cadena del galeote, acusado de haber hecho desaparecer á su consorte.

Nueve años son la vida y la juventud de un hombre.

El pueblo de Ario había presenciado el juicio de Antonio Martínez, y sin tener nada que alegar en su favor, protestaba contra la sentencia de los tribunales.

El tiempo había venido á connaturalizar al pueblo con el espectáculo del presidiario, y á este con su cadena y trabajos de su situación.

No obstante, aquel hombre esperaba algo, y su resignación era un aplazamiento al gran día de la justicia.

La firmeza de carácter del anciano, llegaba á una altura inconcebible.

Se había propuesto no ver á su hija mientras arrastrara la cadena del presidio, y la pobre niña estaba condenada á la privación de las caricias paternas, y á ver al desgraciado autor de sus días, tras las rejas de su ventana, cuando pasaba á la sacada de piedra ó á componer los caminos públicos.

Pablo, el hijo mayor, había desaparecido en el tumultuoso de la revolución; el hijo se había olvidado del padre, y el hermano de la hermana.

Tres seres envueltos en la noche del infortunio.